

NUESTRA ÉPOCA

DECIR que la época moderna no tiene poesía es como negar la luz.

Sí, hay quien se atreve á decir, que la máquina, el vapor, el tren, el telégrafo... todos los inventos, en fin, de que disfrutamos en nuestros tiempos, carecen de poesía.

Pero esos son gritos de la rutina, que está luchando entre angustias de muerte, y moribunda ya, intenta aun empañar la blancura del progreso, con su veneno de rabia.

En cambio, la misma rutina dice que la Edad Media era mucho mas poética que la Edad presente.

¡Se ha dicho tanto esto! lo han repetido tanto los representantes de la rutina, que esa mentira casi ha llegado á constituirse en verdad dogmática, á fuerza de ser repetida.

Los gentiles caballeros, los rubios pajes, los inspirados trovadores, los aguerridos juglares, las activas y encantadoras castellanas, los místicos monjes y los poderosos abades, los castillos en la cima de las montañas, los palacios con sus ventanales góticos ó bizantinos, los monasterios con sus misteriosas torres, los sepulcros colocados en el ángulo del altar, aquellas santas guerras que se eternizaban, las estrañas costumbres, los derechos feudales, los peregrinos, los ermitaños... en fin, todo el cuadro de la Edad Media, nos parece bello porque ha pasado; lo vemos poético porque los poetas se han encargado de hacérselo contemplar.

Pero fijémonos sin entusiasmo en aquella época y la veremos llena, repleta de tinieblas, de odios y de sangre.

Ahora, en cambio... No diré que nuestro siglo haya alcanzado la posesión del ideal; está muy lejos de él todavía, pero está mucho más cerca de él, que la Edad Media. No estamos en la luz, pero estamos en el crepúsculo de la mañana.

Sí, la vida empieza á sonreír, el porvenir aparece grande y magnífico ante nosotros y una aura de libertad orea suavemente los espíritus.

Y si en el mundo moral estamos algo atrasados todavía ¡cuánto no hemos adelantado en el mundo intelectual y en el mundo físico!

En trenes y naves el vapor palpita coronado de blanquísimo humo; las máquinas con su perpetuo traqueteo alijeran al hombre del peso del trabajo, y forman una armonía que resuena desde la tierra hasta los límites del espacio. Medimos las estrellas, abrimos paso por el seno de las montañas, y Europa y América sostienen una conversación no interrumpida por medio del alambre.

Las ciudades derriban la ruinosa argolla de sus viejas murallas, y se ensanchan y se embellecen

entre jardines. Se huye de lo oscuro y se va en pos de lo resplandeciente.

Sí, nuestro siglo es poético; la inteligencia se hace señora de la fuerza, y esto solo basta para enorgullecernos.

EL DOCTOR PÉSIMO.

EN EL FONDO

EN el fondo del sueño de la muerte hay un algo de vida todavía como existe en la noche más profunda un misterioso aletear del día.

En el horrible instinto de la fiera hay todavía un resto de ternura, como hasta en la mujer más degradada un algo queda de cuando era pura.

J. M. F.

HIGIENE DE LOS LITERATOS

Al escribir un artículo sobre este asunto, nos conformamos con el precepto del poeta:

«Es preciso desechar el insensato escrúpulo de no pensar jamás en lo que otros han pensado.»

En efecto; es difícil añadir algo nuevo á los preceptos higiénicos dictados á los obreros de la inteligencia por Reveillé-Parise, Tourtelle y por tantos otros médicos autorizados. Pero creemos que es muy útil recordar estos preceptos metódicamente y de una manera sucinta, y esto es lo que nos proponemos hacer.

Las profesiones liberales, en sí mismas, están distantes de ser un obstáculo para la salud y para la vida. Las inteligencias superiores, en las ciencias sobre todo, alcanzan á menudo una edad avanzada después de una existencia desprovista de enfermedades. G. Delaunay afirma que las personas inteligentes viven más que las otras; los sabios más que los agricultores y que los colonos. Según él la vida media de los académicos es de 71 años y 5 meses. Este hecho, si es cierto, vale más para ellos que una inmortalidad con frecuencia problemática.

La estimulación del pensamiento lleva consigo una gran irritabilidad física, y una notable debilidad nerviosa. La expresión más sencilla de semejante estado cerebral es el *tedio* que un poeta italiano, Leopardi, considera como el más grande, el más noble y el más sublime de los sentimientos humanos; pero que, en realidad, no es más